

—Entonces comprendo que mi inquilino tenga mal humor. Por eso está tan triste desde hace algún tiempo.

—¡Él! ¡Ni se lo figurará! ¡Son tan listas las mujeres! Se burlan de los hombres, y hasta los más listos se dejan engañar.

—¡Y es verdad lo que dice este chico!—dijo la portera levantándose.—Vamos fuera, turco; ya es hora de meterse entre las sábanas.

—Buenas noches, señora Joseph.

Y Yago salió silbando como un mirlo.

Cuando estuvo á alguna distancia, murmuró:

—Después de todo, ¿á mí qué me importa?
¡Que se arreglen!

XVI

UN MARIDO MAQUIAVÉLICO

YAGO contó fielmente á su ama lo que había sucedido la víspera.

La duquesa estaba contenta. El cajero vigilaría á Germana. Era saboyano, con mezcla de piemontés, y debía ser celoso como un tigre. Giuseppa los conocía, eran casi compatriotas. El montañés impediría las entrevistas del duque y su amada. Esas gentes son despiertas, decididas, y no retroceden ante ningún obstáculo. Para cosas de amor tienen la sangre ardiente.

Giuseppa se frotó las manos. Esta aventura de Fernando aumentaba el amor que le tenía. Los celos producen esos efectos. No quería que se lo

quitasen. Esta naturaleza vehemente se acomodaba á la del pálido heredero, más débil en apariencia que en realidad.

Germana iba á encontrar grandes obstáculos. Josselin estaba advertido; por el momento no era menester nada más.

El duque afectaba estar más abatido que de costumbre. Estaba tumbado en una *chaise longue*. Parecía que iba á desfallecer y su languidez se complicaba con una especie de indiferencia.

Al almorzar tenía muy buen cuidado de poner entre él y su mujer una muralla de periódicos. Aquel día había doblado *La Unión*, que parecía demasiado ligera, y había desplegado *El Tiempo*, cuyo papel era más fuerte y grueso, limitándose á contestar á varias preguntas de la italiana con frases breves é insignificantes. Después subió á su cuarto, para fumar tranquilamente un cigarro habano.

Sentado en el balcón, á la sombra de un toldo rayado de blanco y azul, contemplaba con su indolencia eterna los frescos macizos de geranios, de verbenas y de rosas. El esplendor de las orquídeas y de las tuberosas le daban á aquel rincón el aspecto de una *serre* que completaban algunas plantas exóticas, hábilmente colocadas.

En el momento en que el duque sacudía por la barandilla del balcón la ceniza de su cigarro, oyó el ruido de unas faldas, y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

La duquesa, con sus trenzas negras que caían cubriendo á medias su nuca, sobre la cual juguetaban algunos rizos; los labios de púrpura húmedos, los ojos brillantes, sus dientes que resplan-

decían en su boca medio abierta, y los brazos casi desnudos, respiraba por toda su carne palpitante el amor y la pasión. Estaba tan sugestiva como esas flores sobre las cuales las abejas se precipitan, como la fruta que cuelga fuera de un muro, y hacia la cual parece que no hay más que extender la mano.

Pero Rochebonne no se sintió conmovido, ó por lo menos no quería parecerlo.

Levantó la cabeza y miró á la italiana, que estaba apoyada en el respaldo de su asiento.

—¿Qué es?—dijo haciendo un esfuerzo.

—¡Fernando, me aburro!

El duque la miró con aire compasivo.

—¿Por qué te aburres, querida amiga?

—No lo sé.

—¿Tienes el aburrimiento en el alma? Es la enfermedad de los desocupados. Hay que buscar distracciones. ¡El aburrimiento! Le conozco muy bien. Yo vivo en su compañía, me abandona rara vez, exceptuando los momentos de felicidad que te debo, Giuseppa; pero pasan con una rapidez vertiginosa, y no está en mi poder renovarlos. ¿Qué es la vida, sino un aburrimiento continuo para la gente que no tiene nada que hacer? Hay momentos en que quisiera ser barrendero, palabra, ó peón, para huir de este inevitable enemigo que nos persigue. ¿Qué quieres ser para escapar-te tú, Giuseppina?

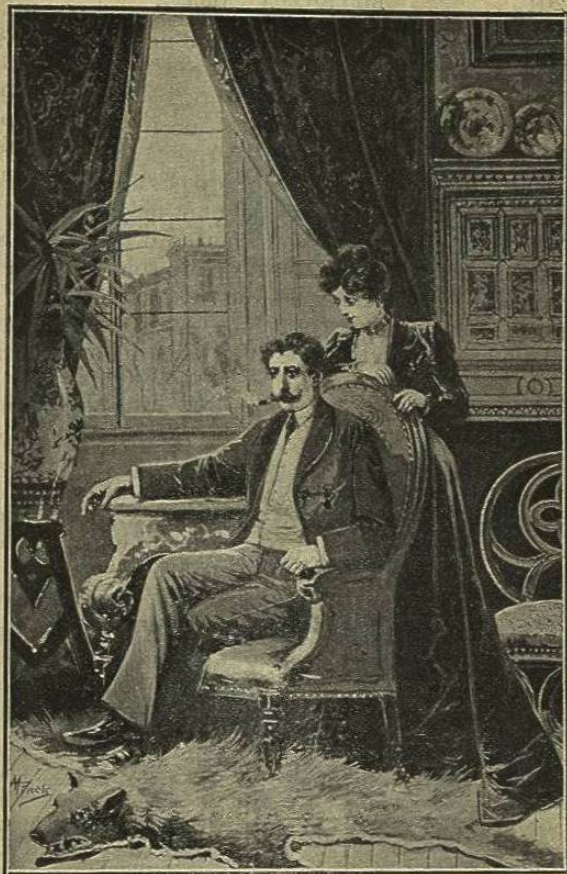
—¡Siempre bromeando, Fernando!

—No. Pienso lo que digo, y digo lo que pienso.

—¡Si nos marcháramos!

—¿Adónde?

—A Dieppe ó á Trouville. Allí hay animación, modas nuevas...



... y Giuseppa, con traje muy ligero, abierto en lo alto, se acercó á su butaca.

—Eso es precisamente lo que no puedo sufrir. ¡No hay nada más burgués que refugiarse en esos rincones para huir de la turba banal! Y ahí es donde está. Es lo mismo que tirarse al agua por miedo á mojarse. ¡Ir á ver personas que parece se divierten tomando el ruido por alegría! Imbéciles; en vez de disfrutar del mar, de pasearse por las rocas, de bañarse con libertad ó de pescar, se amontonan en los hoteles, donde sólo se oye gritar; donde se cierran las puertas con estrépito y se sientan entre desconocidos, sin otro placer que el de criticar el traje de su vecina de la derecha, y la cara del vecino de la izquierda; que por la noche van al Casino para oír una música peor que la de la Ópera; donde se vive entre polvo, codo con codo con el dentista, con el zapatero; escuchando en las altas horas de la madrugada los zumbidos de los mosquitos y el suspirar de la señora del cuarto de al lado. ¡No, no! No te gustaría, Giuseppina.

—Vamos á Rochebonne.

—Sí, pero dentro de un mes. Haz tus visitas.

—No hay nadie ya en París.

—Eso he oído decir, pero estoy seguro de lo contrario. Están los parisienses, los verdaderos, los que prefieren las escobas del boulevard á los robles más majestuosos de las provincias, y yo soy de esos.

—¿Son los árboles del boulevard los que te retienen?

El duque puso un dedo sobre los labios.

—¿Y nuestro convenio?

—¿Dura todavía? ¿Lo exiges?

—¡Ya lo creo! Tienes á la señora Storr. Ve á verla. Es una húngara parisién. No abandona á

París hasta el último extremo: lo mismo que yo.

La italiana se inclinó todavía más sobre la cabeza de su marido, hasta tocarle en la frente con sus rizos. Una de sus trenzas se deshizo y rozó al duque en la cara.

—Me inundas de perfumes—dijo éste besando los cabellos de su mujer.

La duquesa se puso de rodillas delante de él y le dijo:

—Sujétame los.

No se dió muy mala maña, y tuvo unos momentos entre sus brazos á la duquesa.

—Ésta miraba fijamente á su marido.

—Fernando, dime que valgo más que ella.

—¿Ella? ¿Quién?

—Ya lo sabes.

—¡Niña! Vales más que todas las mujeres. Sólo que eres demasiado hermosa para mí. No deseas mi muerte, ¿verdad?

La rechazó suspirando.

Ella se levantó pensativa.

—Ve á casa de la señora Storr: es amiga tuya. Será una manera de matar la tarde. Hablaréis mal del prójimo; luego habrá gente, el príncipe Pradine, sin duda.

—¿Por qué nombras al príncipe más que á otro? No vayas á figurarte que por su causa...

—¡Yo! ¡Vaya una idea! Yo no me figuro nada. ¿Soy yo de esos que hacen vigilar á su mujer? Esos están predestinados. Además, un tesoro que tiene que guardarse con una compañía, no vale la pena de lo que cuesta. Tengo en ti una confianza ilimitada. Está muy lejos de mí la idea de acusar al príncipe. Si me hubieras de engañar, prefiero que sea con él que con otro.

Sonó un discreto golpe en la puerta, advirtiéndolo al duque que le llamaban.

—Es el marqués de Saville, que desea ver al señor duque—dijo el criado.

—¿Está ahí?

—Sí, señor duque.

—¿Quieres recibirle, Guiseppina?

Ésta hizo una mueca negativa.

—Yo tampoco; me ataca á los nervios.

—Di á Saville que la duquesa va á salir, que yo estoy muy delicado; pero que venga mañana á almorzar, si puede, ¿entiendes?

El criado salió.

—Contesto que estoy delicado porque es verdad, lo primero; luego, porque tengo la costumbre de no disgustar á nadie, cuando puedo hacerlo. Le convidó á almorzar, porque es de la familia y merece atenciones. La educación ante todo. Anda, siéntate cerca de mí, más cerca.

Cogió entre las suyas las manos de la duquesa.

—Me ves muy á menudo triste, ¿verdad?, pensativo, desagradable. ¿Quieres saber por qué?

—Ya lo sé; porque no me amas.

La dió un beso en la frente; su mujer había andado la mitad del camino.

—¡Qué horror! ¿Me hubiera casado contigo si no te quisiera?

—¿De verdad?

—Ya lo creo.

—Entonces, esa tristeza...

—¿Has visto á Saville? Viene todos los días, está á cada minuto, obsequioso, correcto. Galante siempre, incapaz de una mala acción. No te puedes figurar lo que me fastidia pensar que ése sea mi heredero. ¿Sabes lo que hace con su

actitud de clérigo, sus modales de abate y sus atenciones? Vigila su herencia. Calcula en qué época tomará posesión. Estudia mi palidez, escucha mi tos y me mira de reojo. Si se atreviera, cogería un metro para ver si tu talle se deforma, y cuántos milímetros aumenta ó disminuye.

Ese es el objeto de sus visitas. Me molestan, pero es mi único primo. Su madre era una Rochebonne, no se puede prescindir de eso; él heredará. No le perjudicaré en un céntimo, lo mismo que él es incapaz de ponerme arsénico en el plato. Es honrado, pero vela por sus intereses. Tiene hijos; son feos, pero son sus hijos. Cuando me casé contigo tenía una esperanza muy grande; pensaba que con una criatura tan magnífica como tú, con esa fortaleza de tu raza se restauraría la nuestra, y... Nada.

—Entonces, ¿eso te apena?

—Sí, mucho.

—¿Tengo yo la culpa?

—No, ¡pobre hija!... ¡No! No te acuso. Te compadezco; sobre todo, me compadezco á mí mismo.

—Quizá haya alguna esperanza—dijo ella, acercándose á él.

—Ninguna.

—¿Quién te lo ha dicho?

—He visto ayer al doctor, mientras te paseabas por el *foyer* con tu esclavo, con Pradine. ¡Qué feliz es él por haber nacido en sus bosques!

—Dejemos á ese extranjero. ¿Qué te decía el doctor?

—¿Él? Cosas desoladoras y tristes.

—Pero ¿qué cosas?

—¿Quieres saberlo?

- Sí.
 —Si ya te lo figuras, *carissima*.
 —Dímelo.
 —Me decía que Saville heredaría.
 —Seguramente.
 —Con dos condiciones.
 —¿Hay dos condiciones?
 —Sí.
 —¿Cuáles?
 —La primera es que él me entierre á mí.
 —¿La segunda?
 —¡Es que seas formal! Lo que no es dudoso, Guiseppina.

—¡Desgraciadamente!—dijo con malicia.

—¡Qué horrible pensamiento! No me hagas decir lo que no digo, querida amiga. Por eso estoy tan melancólico. Tener un *bambino* entre nosotros que nos sirviese de unión. Ver á ese angelito rodar por la hierba, ó sobre un tapiz. ¡Oírle llorar por la mañana, cuando el ama le trajera á nuestro lecho; después, verle crecer, hacerse un hombre, montar á caballo, en un *poney*, por los paseos de Rochebonne, por donde se paseará ese Saville. ¿Verdad que sería una dicha sin igual? No nos hubiera faltado nada. Pero es menester que siempre nos falte alguna cosa.

—¿Me hubieras querido más, Fernando?

—¡Te hubiera adorado!

—¿Y por eso me desprecias?

La cogió la cabeza y apoyó sus labios sobre su cabello.

—Pero ¿te desprecio yo, inocente? Eres hermosa; estás hecha para inspirar amor á los ángeles. Lo que nos sucede no es culpa tuya. Es mía, ó, mejor dicho, de mi padre, de mi abue-

lo, de mi bisabuelo, de la decadencia, de nuestras costumbres que nos marchitan y nos blandecen. Esa es la palabra innoble, pero verdadera. Cuando veo uno de esos salvajes que salen de un bosque, ó, de entre la nieve, con la energía de la raza joven, con el color sano, les tengo envidia y siento deseos de gritarles: Rejuvenecednos, dadnos lo que nos falta: introducid en las venas de nuestra generación esa sangre vivificante y generosa, en vez de la linfa que nos han transmitido nuestros antepasados después de doscientos años de excesos. ¡Pero es imposible!

—Pero ese imposible ¿será siempre?

—Sí, desgraciadamente—dijo el duque, recostándose en el respaldo de la butaca.

—Sí será una desgracia, amigo mío—replicó gravemente la joven.

—¿No sales, Guiseppina?

—Sí.

—¿Adónde vas?

—No lo sé. Quizá vaya á casa de la señora Storr.

Estaba ya en la puerta, cuando volvió hacia su marido.

—Repítame que me hubieras adorado.

—¡Como un loco!

—¿Es cierto?

—¡Cuando te lo digo!—añadió él acariciándola.

Se fué; el duque oyó el ruido del coche que se alejaba, sin emoción.

Tenía necesidad de respirar, no le cabía el corazón en el pecho. Iban á dar las tres, y cogió el sombrero, los guantes y salió á su vez.